

TESTIMONIO

Esta es la historia personal de un profesor de teología víctima de abusos sexuales en su infancia por parte de un sacerdote

Se ruega leer

Ediciones Sígueme, esa editorial tan llena de méritos y tan heroica –sé bien que este adjetivo no es exagerado–, ha publicado recientemente un texto imprescindible: el breve libro del jesuita **Patrick C. Goujon**, *No abusarás*, traducido impecablemente por **Mercedes Huarte**.

Se trata de la historia personal, reducida a su esencia, de un sabio profesor de teología que fue víctima de abusos sexuales reiterados en su infancia, siendo su torturador cierto sacerdote.

La delicadeza, la sinceridad y la honradez del relato alcanzan un punto de perfección que realza además el espléndido estilo literario que ha logrado Goujon para un tema tan espantoso. Pero es que si ha habido que escribir estas páginas es porque lo que resulta de ellas consiste en esperanza. Desde luego, una esperanza matizada por la exigencia general de justicia, sin la cual no servirá de nada esta crisis en que están inmersas no solo la Iglesia sino la sociedad entera. Paz en primer término, y, enseguida, esperanza. Antes que nada, hay que reconocer que “para vivir es preciso apartar de uno el deseo de destruir”.

Temo que sigue habiendo personas que, ignorantes de la realidad, prefieren que no se hable de abusos –ni de conciencia, ni sexuales; ni a niños, ni a adultos–. Les ruego que lean este testimonio y mediten y, si son religiosos, recen a propósito de su lectura. Recen por los torturados, los torturadores y los que encubren, y también por quienes han decidido cuidar esta llaga y afrontar todo lo enfermo, lo malo y lo desdichado que hay en su fondo.

El autor conoce perfectamente lo precario de los efectos de su relato.



NO ABUSARÁS

Patrick C. Goujon

Ediciones Sígueme

Salamanca, 2024 · 112 pp.

De hecho, el título original del libro es *Prière de ne pas abuser*, ya que precario es justamente lo que se obtiene tan solo si la súplica, la oración o la petición (tales son los sentidos de *prex*, *precis*) son atendidas. No hay aquí nada que imponer. Que se vea hasta qué lugar tan dentro del alma y del cuerpo alcanza el daño que causa la pederastia y que después, por favor, se reaccione justamente y, si cabe, cristianamente. Quien responda en tales términos comprenderá que los daños de los abusos a adultos son, en la mayor parte de los casos, análogos, y así se abrirá a la conciencia activa que a todos se nos está reclamando.

El joven sacerdote Goujon había llevado “un pesado secreto aprisionado” en sus vértebras: tres hernias lumbares, más dos cervicales. Un cuerpo retorcido de dolor sobre sí mismo a lo largo de los años, sin que la ciencia pudiera descubrir ni su origen, ni su cura; y que siempre empeoraba, hasta la eventual parálisis. “La víctima paga con la perturbación de su memoria”. Nada en la memoria, pese a que el abuso duró años. “Un niño no cierra la puerta a quien viene a acariciarlo”.

Muy poco a poco, a través de la fisioterapia y de algunas conversaciones muchas veces casuales, los recuerdos afloran, pero sin orden y oscuros, a la vez que el cuerpo se distiende, como bajado del instrumento de suplicio. Se puede “vivir con cicatrices –escribe Goujon–, pero no recrear lo que ha sido destruido”.

La resurrección personal de este hombre cubierto de cicatrices no ocurre sin sufrimientos de un género nuevo, inesperado. Si la vocación que se ha seguido partía de una negación inconsciente tan poderosa, ¿no serán los amados libros de la biblioteca del sabio jesuita puras “cenizas”? Va entendiendo ahora, justamente al resurgir a la vida, al poder amar de veras a alguien, que se le había impedido antes todo amor, porque en definitiva solo lo entendía, en las tinieblas de la conciencia alterada, como un “apoderarse del otro”. Quien ha dedicado su vida consciente a la caridad y al estudio de la verdad, no sabía ni podía amar y no está seguro, por un largo momento, de si sus ideales lo son auténticamente o le han sido impostados por la fuerza inmensa del pecado y del delito de otro.

Ahogado por la rabia

“No tengo fuerzas para perdonar”, aunque la voluntad quiera ese movimiento milagroso; pero es que “no soporto que alguien con autoridad cometa una injusticia, y menos aún que niegue un abuso. La rabia explota cuando la voz de las víctimas, una vez más, no es escuchada. Me ahogo literalmente; se me corta la respiración; me tapo la boca con la mano para no hablar”.

El futuro está abierto por el amor infinito de Dios, que podemos intentar reflejar cada vez mejor en nuestros más bien pobres amores. Pero eso solo refuerza el hecho de que no soportamos que alguien con autoridad cometa una injusticia, y menos aún que niegue un abuso.

Así se aplican a la realidad tanto el amor como la verdad. La vocación del padre Goujon es pura acción brotada del centro de su persona, y los libros, de nuevo, resurgen de las cenizas.

MIGUEL GARCÍA-BARÓ